



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales
y de Espiritualidad

NO SE DEJEN ROBAR LA ESPERANZA

ARTÍCULOS BOLETÍN ACADÉMICO EDICIÓN N° 9 - NOVIEMBRE



**INSTITUTO
BÍBLICO PASTORAL
LATINOAMERICANO**



Centro Fuego Nuevo
Evangelización y Catequesis



**Centro
Rafael
García
Herreros**
Pensamiento social de la Iglesia



CJM Virtual
UNIDAD DE ESPIRITUALIDAD
BUDISTA

NO SE DEJEN ROBAR LA ESPERANZA
BOLETÍN ACADÉMICO EDICIÓN No 9 - NOVIEMBRE 2021

P. Fidel Oñoro Consuegra, CJM
*Decano Facultad Facultad de Estudios Bíblicos,
Pastorales y de Espiritualidad*

Dr. Alirio Raigozo Camelo
Director del boletín

Ivonne Adriana Méndez Paniagua
*Secretaria Académica Facultad de
Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad*

P. Wilton Sánchez (Dioc. Chiquinquirá)
Director Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano (IBPL)

P. Álvaro Duarte, CJM
Director Unidad de Espiritualidad Eudista (UEE)

P. Hermes Flórez, CJM
Director Centro Rafael García Herreros (CRGH)

Fabio Camacho Pardo
Director Centro Fuego Nuevo (CFN)

Noticias Internacionales

Hans Schuster

Diseño, diagramación y Publicación

Juan David Forero Orellanos

Camilo Muñoz

Corrección de estilo

Norma Constanza Reyes Escobar

Karol Andrea Valencia Avilés

Colaboración:

Mg. P. Jorge Enrique Bustamante Mora,
Juliana Alejandra Triana Palomino, Dr. P. Harold Castilla Devoz, CJM,
Dr. Alirio Raigozo Camelo, Mg. P. Jorge Yoel Mora R. CJM

**Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales
y de Espiritualidad - FEBIPE**

Transversal 73A # 81 I - 19 Barrio Minuto de Dios

Teléfono: 2916520. Ext.: 6162

Bogotá, D.C., Colombia



<u><i>¡No se dejen robar la esperanza!</i></u>	<u>4</u>
<i>Mg. P. Jorge Enrique Bustamante Mora</i>	
<u><i>Sínodo de la Sinodalidad: Kairós que desafía a custodiar la esperanza</i></u>	<u>9</u>
<i>Juliana Alejandra Triana Palomino</i>	
<u><i>“No se dejen robar la esperanza”</i></u>	<u>14</u>
<i>Dr. P. Harold Castilla Devoz, CJM</i>	
<u><i>Resiliencia personal y social para no perder la esperanza</i></u>	<u>20</u>
<i>Dr. Alirio Raigozo Camelo</i>	
<u><i>Mantener la esperanza: una tarea activa de todo creyente</i></u>	<u>25</u>
<i>Mg. P. Jorge Yoel Mora R. Cjm</i>	

¡NO SE DEJEN ROBAR LA ESPERANZA!

Mg. P. Jorge Enrique Bustamante Mora
 Profesor Programa Profesional de Ciencias Bíblicas
 – UNIMINUTO / Secretario Adjunto Conferencia
 Episcopal de Colombia

El Papa Francisco de manera reiterativa ha insistido en “¡No se dejen robar la esperanza!”, fue una de las expresiones más usadas en su visita a Colombia (2017), en el documento que recoge sus discursos y homilias de la visita, la expresión “esperanza”, aparece 69 veces; la repitió en su visita al Perú (2018), fue tema central del video-mensaje a los jóvenes de Argentina (mayo del 2018); en la exhortación Apostólica *Christus vivit*, dirigida a los jóvenes, insiste “no dejes que te roben la esperanza y la alegría” (#107), en esta exhortación el término es citado 26 veces; en la *Evangelii Gaudium* lo menciona 24 veces. Ha sido tan proficua esta frase del Papa que ya existe un libro: “Queridos jóvenes no se dejen robar la esperanza” (Mario Pardos y Herminio Otero), en el que se recogen textos y experiencias del Pontífice con los jóvenes en sus primeros cinco años de pontificado.

Frente a esta riqueza en el Magisterio del Papa Francisco, no solo de la expresión sino la recurrencia de la “esperanza” como tema, es válido preguntarnos qué se comprende por esperanza en las Sagradas Escrituras, de manera que precisemos qué es lo que no hay que dejarnos robar. Ciertamente es un abordaje global sin entrar en las precisiones del rigor bíblico científico, ya que no es el espacio para ello.

La esperanza en las Escrituras del Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento encontramos un gran número de palabras hebreas y griegas para referirse a la “esperanza”, y entre ellas se da un valor especial a los verbos, manifestando así que la esperanza para el pensamiento del AT tiene un contenido muy amplio que describe un proceso más que una situación particular, con lo que se reafirma que la esperanza no se “activa” frente a una necesidad, sino que es una actitud fundamental y permanentemente presente, fundada básicamente en la solidez de la alianza. Así, la esperanza en esta etapa de la historia de la salvación, de forma general, era la espera confiada en la convicción que Dios – Yahvé, Creador y Rey, interviene eficazmente a favor de su pueblo brindándole bendición y protección, (Cf. Salmo 24, donde Dios, el Creador del universo, es también el amigo que acoge al justo).

La esperanza tuvo como objeto principal el cumplimiento de las promesas de la alianza: tierra, descendencia, bendición – protección (Cf. Gn 12, 1-3); y cuando el pueblo comenzó a experimentar las amenazas, la esperanza se comprendió como la liberación de todo mal, la protección del pequeño “resto de Israel” con el cual alcanzar la restau-

ración de una “nueva alianza”, en la que definitivamente Yahvé fuera el Rey de Israel y del mundo entero; *“van a llegar días – oráculo de Yahvé – en la que Yo pacte con la casa de Israel una nueva Alianza [...] Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”* (Jr 31, 31-34). Esta confianza en la ayuda y protección divina se hizo esperanza mesiánica, *“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”* (Zac 9,9).

La experiencia de la esperanza en el Antiguo Testamento se hace confianza absoluta en Dios, que se transforma en una forma de vivir, en un estilo de vida, el creyente se sabe totalmente protegido por Yahvé al punto que puede exclamar que solo Dios es su esperanza, *“Tú eres mi esperanza, Señor; mi confianza desde joven Yahvé; en Ti busco apoyo desde el vientre, eres mi fuerza desde el seno materno. A Ti dirijo siempre mi ala-*

banza” (Salmo 71, 5-6). El hombre en esta actitud se sabe totalmente protegido, liberado, ayudado, bendecido, que sencillamente puede exclamar, aun en medio de las complejas realidades históricas: “el Señor es mi pastor, nada me falta” (Salmo 23,1); es una forma de confiar en Yahvé contra toda desesperanza.

La inmovible esperanza en el poder de Dios se fundamenta en la experiencia reveladora que va comprendiendo el pueblo creyente, la revelación es siempre progresiva y ascendente. Así una ulterior luz los llevó a comprender que su confianza en el poder divino no podía quedar atrapada solo en las paredes de la existencia terrena, sino que la esperanza adquiriría rasgos escatológicos, ella iba más allá de lo terreno, ella apunta a una felicidad más total, bien que habrá que esperar la revelación del Señor Jesús para comprender esta dimensión, ya se abren luces sobre este camino escatológico de la es-



<https://www.bible.com/es/verse-of-the-day/ISA.9.2/67740?version=52>

peranza, es decir la espera de una vida más plena, algo así como lo expresa el salmista: *“Pero yo estoy siempre contigo, me tomas de la mano derecha, me guías según tus planes, me conduces tras la gloria. ¿A quién tengo yo en el cielo? Estando contigo no hallo gusto en la tierra. Aunque se consuman mi cuerpo y mi mente, Tú eres mi roca, mi lote, Dios por siempre”* (Salmo 73, 23-26).

La novedad de la esperanza en el Nuevo Testamento

La sorpresa que se nos depara en el NT es que el término griego usado para hablar de esperanza, *elpis*, aparece con frecuencia en la literatura paulina, incluida la carta a los Hebreos, pero jamás en los Evangelios; y el verbo *elpizein* – esperar, aparece raramente en los Evangelios.

Sin descorazonarnos o perder la esperanza por esto, veamos que los Evangelios no hablan de esperanza porque Jesús, quien está allí presente es la esperanza viviente; Jesús es la realización de la esperanza mesiánica, él hace presente la Buena Nueva, el Reinado de Dios ya está actuando, pues a la pregunta de los fariseos de cuando llegaría el Reino de Dios, les respondió: *“La venida del Reino de Dios no se producirá aparatosamente, ni se dirá: ‘véanlo aquí o allá’, porque sépanlo bien, el Reino de Dios ya está entre ustedes”* (Lc 17, 20-21).

Jesús con sus palabras y acciones vino a llenar una esperanza y a defraudar otra; a llenar la auténtica esperanza en Dios, de anunciar el año de gracia del Señor (Cf. Lc 3, 18-21); a defraudar

las comprensiones “erradas o ilusorias” que la comunidad tenía del Mesías. La esperanza que él cumple es distinta de lo esperado por la mayoría de sus contemporáneos, cuantas desilusiones al ver que no era el “guerrero” que por años habían esperado, al punto que, hasta Juan el Bautista se interrogó al respecto y le mandó a preguntar: *“¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?”* (Lc 7,19), o como lo registra el Evangelio: *“vino a los suyos y no lo reconocieron”* (Jn 1,11).

Afortunadamente, podemos decir que muchos no se dejaron robar esa esperanza y aunque no llenaba, inicialmente, sus “ideales ilusorios”, como queda expresado en el sentimiento de frustración de los discípulos de Emaús, *“nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que eso pasó”* (Lc 24,21), supieron reconocerlo y acoger con esperanza su propuesta, su “estilo de vida”, aquel programa de las bienaventuranzas (Cf Mt 5, 1-12), y así, *“a los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios”* (Jn 1,12). Jesús es la esperanza del creyente, *“en su nombre pondrán las naciones su esperanza”* (Mt 12,21), pues como lo dice el ángel a José, *“le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt 1,21). Jesús cumple la esperanza de un Dios con nosotros, él es el Emmanuel, *“...yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”* (Mt 28,20). Jesús es la realización de todas las esperanzas.

Así, Pablo describe la esperanza como

la espera confiada en lo que no se ve, no solo porque pertenece al futuro sino porque siendo ya una realidad, son realidades espirituales; la esperanza en la nueva alianza se fundamenta en la obra redentora ya acontecida u obrada por Jesucristo; el creyente, ahora cristiano, las vive en el Espíritu, “la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5,5); pues en Cristo, “*hemos recibido toda clase de bendiciones espirituales y celestiales*” (Ef 1,3).

La Esperanza del cristiano se funda en la certeza que tiene de ser poseedor de los bienes que pertenecen al Reino de Dios: Elección, redención, filiación divina, derecho a la herencia, posesión de las “arras del Espíritu” que le garantiza la vida eterna, es decir la esperanza escatológica, etc. Todos ellos son a la vez presentes y futuros, pues como lo dice el apóstol de los gentiles, “porque

somos salvados en esperanza. En efecto si esperamos algo que se ve, eso no es esperanza, pues ¿Cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero si esperamos lo que no vemos, hemos de aguardar con paciencia” (Rm 8, 24-25).

La esperanza que no podemos dejarnos robar

El Papa Benedicto nos dijo: “*nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su*



<https://www.postalescristianas.net/el-amor-de-dios-ha-sido-derramado-en-nuestros-corazones.html>

conjunto" (Spes Salvi 31).

La esperanza tiene rostro humano y se llama Jesús, el Hijo de Dios. La esperanza está hecha de espera, confianza y paciencia, tres virtudes o actitudes que nunca andan por separado y que juntas manifiestan una fe inmovible en el poder de Dios. Para el hombre vivir es esperar y perder la esperanza es experimentar el ocaso de todo, "ellos andan diciendo: 'se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros'" (Ez 37,11). No dejarnos robar la esperanza es no perder la alegría, la confianza, la paciencia, apostarle siempre a un mundo mejor y que para ello, como lo dijo el Papa Francisco, en Villavicencio – Colombia (2017): "¡Basta que haya una persona buena para que haya esperanza!", ¡Seamos esa persona buena!

No dejarnos robar la esperanza es mantenernos firmes y libres en Cristo; dejarnos convocar e instruir por él, buscarlo en la oración, hacerlo nuestro Pastor, sabernos protegidos y acompañados por él. Mantener la esperanza es ir al borde de lo inesperado, apostarle a lo grandioso, a lo sorprendente, jugarnos la certeza de ver a Dios como

el determinante en la construcción de un mundo mejor, aferrarnos incondicionalmente al amor de Dios y saber que a pesar de las caídas y desilusiones del camino la esperanza me concentra en la certeza de anhelos soñados, imaginados, ideados, prometidos como realidades de realización en el amor de Dios, esa realidad amorosa que me lanza a construir el presente y dejar huella imborrable en esta historia que nos tocó, pues "la verdadera esperanza cristiana... siempre genera historia" (EG 181). Así la esperanza, con Jesús – con su plan redentor, confiere al cristiano un estilo de vivir, ella es compromiso concreto con la realidad, búsqueda de salvación, pero no evasión de la realidad. Todo lo contrario, la esperanza es un hoy vivido en la certeza del amor para que haya un mañana mejor, "de eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo" (183). La esperanza es una forma concreta de amar.

SÍNODO DE LA SINODALIDAD: KAIRÓS QUE DESAFÍA A CUSTODIAR LA ESPERANZA

Juliana Alejandra Triana Palomino
Investigadora del Centro Fuego Nuevo

La Iglesia Católica está entrando en un proceso de transfiguración determinante para el momento actual, pero, muy pocos lo saben. Desde las redes sociales del Vaticano, las Conferencias Episcopales y una que otra página web de movimientos o agrupaciones de consagrados o laicos, se ha convocado a todos los fieles a participar del Sínodo de la Sinodalidad, asumiendo que tanto el evento como su enfoque es algo comprendido en su esencia y alcances por todos los miembros de la Iglesia. Sin embargo, un gran número de clérigos, consagrados y laicos no parecen estar en sintonía con el Sínodo, por apatía o desinformación, derivando en una ralentización y ocultamiento de la esencia misma de la organización de la comunidad eclesial y que hoy más que nunca es necesario hacerlo posible.

La palabra *sínodo* viene del griego *synodos*, que usualmente se traduce por *reunión*. Sin embargo, al analizar con detalle la palabra, sínodo significa mucho más que una reunión, pues implica más bien un ejercicio de aprender a *estar en el mismo camino* (*syn*: en unión con, junto, simultáneamente; *odos*: camino). Los evangelios sinópticos, el evangelio de Juan y el libro de Hechos de los Apóstoles contienen diversas menciones del *camino*, como alusión a seguir una misma senda junto a Jesucristo, quien, a su vez, se hace a sí mismo camino (Cf Mc 1,2; 10,52; Mt 3,3; 13, 1-9; Lc 3,4; 24,13; Jn 14,6; Hch 9,2). De este modo, el Sínodo de la Sinodalidad es una invitación para encontrarse juntos en un mismo camino con Jesucristo y analizar precisamente las particularidades del camino que se propone para transitar juntos.



<https://www.synod.va/en/resources1.html>

No obstante, a pesar de la evidente impronta sinodal de la Iglesia, la historia da cuenta de numerosos momentos en que los cristianos no han caminado por la senda indicada por Jesucristo, pues clérigos y laicos han tenido una relación más de amo y vasallo, en vez de verse como hermanos bajo la autoridad de un mismo Señor. Lo anterior, unido a un interés por la vida espiritual desencarnada de la historia, una práctica religiosa centrada en el rito y el sacerdote, y una mirada sospechosa y apática hacia el mundo y sus circunstancias, llevaron a la Iglesia a vivir una fe de espaldas a la realidad. Como acción providencial del Espíritu Santo, el Concilio Vaticano II constituyó un grito de lo alto que invitaba a la Iglesia entera a no dejarse robar la esperanza, y comenzar a construir una Iglesia desde la belleza del *caminar, consensuar y decidir juntos*.

Este sentir del Concilio es especialmente retratado en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, la cual recordó que el camino eclesial no es otro que el mismo camino de Jesús, en el que no hay jefes y subalternos, sino hermanos que, en igual dignidad y bajo diversas modalidades, participan de la misión de la Iglesia. A través de la mencionada Constitución, el Concilio afirmó que “En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia, de tal modo que el todo y cada una de las partes aumentan a causa de todos los que mutuamente se comunican y

tienden a la plenitud en la unidad. De donde resulta que el Pueblo de Dios no sólo reúne a personas de pueblos diversos, sino que en sí mismo está integrado por diversos órdenes.” (LG, 13).

Pablo VI fue el pontífice encargado de dar impulso a esta y otras iniciativas del Concilio, y un primer paso consistió en generar los espacios para que, empezando por los obispos, se aprendiera el arte de caminar juntos. Mediante el *motu proprio Apostolica Sollicitudo* el papa Pablo VI manifestó que “por Nuestra estima y reverencia hacia todos los Obispos católicos y con el fin de darles la posibilidad de participar más abierta y eficazmente en Nuestra solicitud por la Iglesia universal, ‘*motu proprio*’ y en virtud de Nuestra autoridad apostólica, erigimos y constituimos en esta ciudad de Roma un consejo estable de Obispos para la Iglesia universal, sujeto directa e inmediatamente a Nuestra autoridad, al que designamos con el nombre propio de Sínodo de los Obispos.”

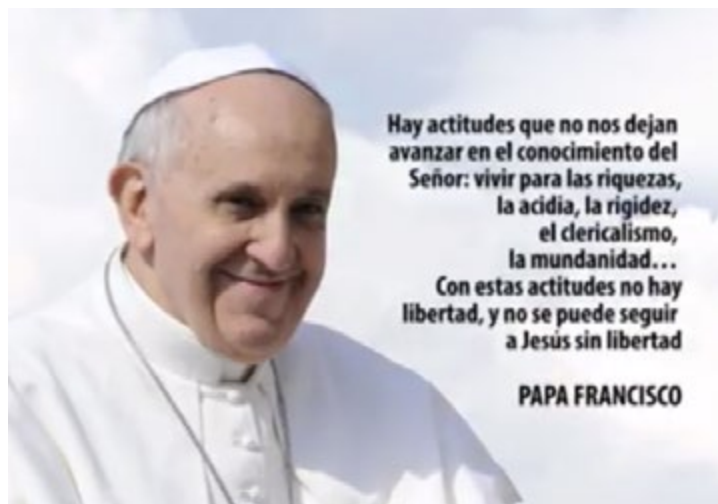
Si bien esta iniciativa fue pensada para lograr una mayor comunión y participación, no logró transformar la estructura misma de la Iglesia, de modo que en la comunidad creyente solo los obispos y presbíteros tenían la voz y la autoridad, mientras que laicos y vida consagrada, sencillamente debían asumir directrices, iniciativas y reglamentaciones. Esto ha generado que por años, las necesidades de las Iglesias locales rurales, indígenas, de zonas de conflicto, o de países donde el cristianismo es minoría, no sean te-

nidas en cuenta. Así mismo, los aportes y capacidades de mujeres y hombres, casados y solteros, y de muchas consagradas, hayan quedado silenciados e ignorados, favoreciendo una Iglesia clerical, con un laicado dependiente del presbítero y con una injerencia social reducida al ámbito parroquial.

El clericalismo, sea de sacerdotes o laicos, es un mal que ataca a la Iglesia pues no le permite vivir y actuar en el mundo como comunidad de hermanos, quienes "Por el bautismo, en efecto,

nos configuramos en Cristo: «porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu» (1 Co 12,13) [...] Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con El y entre nosotros (LG, 7). En una carta dirigida al Pueblo de Dios en 2018, el Papa Francisco se refirió a la importancia de tomar medidas frente a toda actitud de cierre que pudiera impedir la participación y la visibilización de todos los miembros de la Iglesia:

“Es imposible imaginar una conversión del accionar eclesial sin la participación activa de todos los integrantes del Pueblo de Dios. Es más, cada vez que hemos intentado suplantar, acallar, ignorar, reducir a pequeñas élites al Pueblo de Dios construimos comunidades, planes, acentuaciones teológicas, espiritualidades y estructuras sin raíces, sin memoria, sin rostro, sin cuerpo, en definitiva, sin vida. Esto se manifiesta con claridad en una manera anómala de entender la autoridad en la Iglesia —tan común en muchas comunidades en las que se han dado las conductas de abuso sexual, de poder y de conciencia— como es el clericalismo, esa actitud que «no solo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente». El clericalismo, favorecido sea por los propios sacerdotes como por los laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso, es decir enérgicamente no a cualquier forma de clericalismo.”



Es por esta razón que el Sínodo de la Sinodalidad, inaugurado el 10 de octubre, aparece hoy como llamado del Espíritu para no dejarse robar la esperanza y generar una serie de dinámicas espirituales, estructurales y procedimentales de la Iglesia que ratifiquen el plan salvífico obrado en Jesucristo, para que en Él todos podamos Ser. Todo esto está recogido en el título del Sínodo que reza "Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión", y ha permeado la misma metodología de este, donde no hay documentos ya elaborados que contienen de antemano una serie de respuestas automáticas, sino que se está haciendo, como diría el poeta Machado, camino al andar.

Los documentos finales del Sínodo no serán fruto de una reunión a puerta cerrada de Obispos y hombres doctos, sino que será expresión misma de la apertura del corazón de la Iglesia que, durante dos años a nivel local y universal, se dará a la tarea de escucharse mutuamente para conocer los sueños, preocupaciones y esperanzas de mujeres, niños, familias y diversas poblaciones en estado de vulnerabilidad. No se trata de que el párroco, la religiosa que dirige el colegio o el líder del movimiento laical realice una simple encuesta y pase su informe para que llegue a la Diócesis. Se trata de tomarse el tiempo para contemplar la presencia de Dios en la humanidad que se tiene en frente.

Por ello, la complicidad que se debe tejer con el Espíritu a todos los niveles será crucial para este proceso. No dejarse robar la esperanza de ser una Iglesia Pueblo de Dios como Jesucristo la quiere y el mundo la necesita, exige dejarse convocar a contemplar experiencias de vida, no dogmas fríos que alimentan el ego institucional. Es preciso dejarse enseñar a vivir en sínodo por el mismo Dios, que en su primer diálogo con Moisés no le dio clase de Teología abstracta, sino que indujo a Moisés a ver y sentir en profundidad la situación de sus hermanos que gemían y gritaban pidiendo auxilio, y por ello Dios decidió bajar para hacer camino con ellos (Cf Ex 3,1-12).

Ser una Iglesia sinodal exigiría tener de forma simultánea el oído en el mundo y su historia, y a su vez, en el corazón de Dios. Así lo hizo Jesucristo, quien, apasionado por su Padre y por la humanidad, se hizo solidario y acompañante del Pueblo en medio de su historia, para caminar junto a él como muestra de un amor y respaldo infinitos de modo que "todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). Es por esto por lo que las preguntas que orientarán el trabajo sinodal son sencillas y a la vez, profundas, pues se enfocarán en descubrir experiencias en la propia Iglesia particular para advertir qué alegrías, desafíos y cambios urgentes se plantean hoy.

Hoy más que nunca se precisa de una valentía renovada para creer que es posible ser una Iglesia Pueblo de Dios diferente, donde la fe se convierta en instrumento de arado de una nueva historia para creyentes y no creyentes, que siembre justicia, dignidad y respeto para todos sin excepción. Estamos ante un *kairós*, un tiempo favorable para que el Evangelio inspire nuevas maneras para acompañar la vida sin buscar protagonismos o imposiciones. Veamos, en oración, para que el fuego del Espíritu no se apague ni su voz se silencie.

“NO SE DEJEN ROBAR LA ESPERANZA”

Dr. P. Harold Castilla Devoz, CJM
Rector general - UNIMINUTO

Introducción

Introduzco esta reflexión en torno al tema de la esperanza con una de las primeras palabras que el Papa Francisco pronunció a su llegada a Colombia hace un poco más de cuatro años en su visita apostólica *“Muchas gracias por el esfuerzo, por el camino que se han animado a realizar, eso se llama heroísmo; hasta los más chicos pueden ser héroes, sigan adelante no se dejen vencer, no se dejen engañar, no pierdan la esperanza ni la alegría”* (palabras pronunciadas en la Casa de la Nunciatura, Bogotá).

Esta frase estimula a mirar el país y el mundo con otros ojos. Pero inevitablemente asoma la duda en estos momentos de la historia atravesada por una crisis mundial de salud pública con todas sus consecuencias e impactos de todo tipo, de ahí surge la pregunta ¿realmente hay motivos para tener esperanza?



<https://diocesisdecucuta.com/diocesis2/los-mensajes-del-papa-francisco-en-su-visita-a-colombia/>

¿Realmente hay motivos para tener esperanza?

Cuando miramos a nuestro alrededor y encontramos situaciones que se entrelazan como verdades y mentiras, fortalezas y oportunidades, crisis y complejidades y nos damos cuenta de que en este mundo hay de todo, guerras, miseria, desigualdades, injusticias, violencia y dolores de todo tipo pensamos en una realidad que vive su tragedia, haciéndonos entrar en procesos psico-emocionales de angustia y desesperanza. Aunque no se trata de señalar culpables, sabemos que hoy vivimos una época donde la autenticidad de las personas y de los medios con los que se comunican, con el apoyo de las tecnologías emergentes, ensombrecen las realidades positivas o buenas noticias.

La realidad de la pandemia nos ha dejado muy golpeados en distintas dimensiones, y aunque se ha hecho todo un programa de reactivación social y económica, sigue siendo una oportunidad para lograr transformaciones en nuestra vida personal y social, que nos lleven a pensar que podemos construir un mundo nuevo y distinto donde prevalezcan los principios humanísticos que fundamentan una vida y un camino de desarrollo sostenible mucho más acorde con la cultura del cuidado en todas sus dimensiones, de manera especial de mi hermano el hombre. Desde aquí respondo de manera positiva que sí se puede tener esperanza.

En este contexto, hoy más que nun-

ca necesitamos vivir la virtud de la esperanza como esa semilla que hay que cultivar todos los días, regándola, para que su fruto se desarrolle y crezca para bien de nuestra propia existencia y de toda la sociedad. Cada segundo de nuestras vidas debemos vivirlo como un inmenso regalo que el mismo Dios nos ha dado, como ese don de amor y misericordia que hay que desarrollar y potencializar en perspectiva de futuro, construyendo ese camino que nos hace siempre ir adelante, aunque en algunas ocasiones tengamos caídas, pero siempre volviéndonos a colocar de pies con decisión y valentía, y seguir en la senda seguros de que Dios está completamente adherido a nosotros caminando y haciendo nuestra historia con todas sus ayudas.

Como seres humanos buscamos siempre planear nuestro proyecto de vida en perspectiva de trascendencia, buscando ir cada vez más alto en nuestras intenciones y no decaer en nuestra lucha cotidiana por el bien, la verdad, la belleza, la justicia, la igualdad, la libertad y la paz, que son bienes a los que todos tenemos derecho. Sin la esperanza de todos cuantos creemos en Jesús, y en su mensaje de amor y de salvación, el mundo sería un lugar oscuro y frío, imposible de habitar; un lugar en el que la muerte sería dueña y señora, y los seres humanos estaríamos condenados a la desesperación, que hace imposible cualquier avance, cualquier crecimiento, cualquier anhelo.

De allí que, aunque existan voces pesimistas que hablen de un mundo complicado por las diferentes realidades que se evidencian como aspectos negativos, hay todavía un grupo significativo que nos negamos a aceptar que los pesimistas tienen razón, al menos que la tengan absolutamente, respondemos con certeza que sí hay motivos para vivir en esperanza.

Comprensión de la virtud de la esperanza en el pensamiento del Papa Francisco

Desde el comienzo del servicio como Pastor de la Iglesia Universal, el Papa Francisco ha hablado de la esperanza. En muchas de sus alocuciones, predicaciones, viajes apostólicos, documentos, etc., la virtud de la esperanza ha sido una propuesta de su mensaje como una manera nueva manera de ver la propia existencia y el mundo que nos rodea. Esta exhortación constante se ha intensificado de modo más evidente a lo largo de estos dos últimos años de la historia, a propósito de los impactos de la pandemia, a que esa nueva mirada esté anclada a través de los ojos de Jesucristo el Señor, quien es, en palabras del papa Francisco, *“el autor de la esperanza”* (Francisco, audiencia general, mayo 7 de 2020). Solo mirando con los ojos de Jesús, el resucitado, pasaremos de la realidad de las tinieblas a la de la luz. Si profundizamos en los mensajes del papa Francisco alrededor de este tema de la virtud de la esperanza, nos encontramos con una definición que nos entrega de ella: “es

la más pequeña de las virtudes, pero la más fuerte” (Francisco, Ángelus, 15 de noviembre de 2015). Y al mismo tiempo nos dice que esta virtud tiene un nombre que le identifica: *“es el rostro del señor Resucitado que viene con poder y gloria”* (Mc. 13,26).

“La esperanza - afirma el Papa Francisco - hace que uno entre en la oscuridad de un futuro incierto para caminar en la luz. La virtud de la esperanza es hermosa; nos da tanta fuerza para caminar en la vida” (Francisco, Audiencia General, 28 de diciembre de 2018). Y en este momento tan delicado de nuestra historia, el Papa Francisco habla de otro contagio: el contagio *“que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia”*. Es el contagio de la esperanza: *“¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!”*. No se trata de una fórmula mágica que haga desaparecer los problemas. Esto no es la resurrección de Cristo. Es, en cambio, la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “evita” el sufrimiento y la muerte, sino que los atraviesa abriendo un camino hacia el abismo, transformando el mal en bien: la marca exclusiva del poder de Dios” (Francisco, Mensaje de Urbi et Orbi, 12 de abril de 2020). Con la Pascua, hemos conquistado *“un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza”*. Es una esperanza nueva y viva, que viene de Dios” y “pone en nuestros corazones la certeza de que Dios sabe convertir todo en bien, porque incluso de la tumba saca la vida (Sábado Santo, 11 de abril de 2020).

Educar para la esperanza

Haciendo eco de las palabras del Papa Francisco, pronunciadas en la audiencia del 20 de septiembre del año 2017, encontramos toda una propuesta educativa que converge en un proyecto de formación a la esperanza. Educar será siempre ese proceso pedagógico y didáctico que se sucede entre sujetos (actores de la enseñanza y del aprendizaje) para alcanzar un objetivo que ayude a potencializar un conocimiento, una habilidad, pero, ante todo, una actitud para ser vivida a lo largo de la existencia. Como al modo de lecciones, tenemos en la voz del Papa Francisco varias enseñanzas. Las traemos a esta “aula de aprendizaje” para que cada uno de nosotros las comprendamos y apropiemos decididamente. El mundo actual necesita de estas lecciones.

a. No te rindas a la noche

Recuerda que el primer enemigo a derrotar no está fuera de ti, está dentro. Por lo tanto, no concedas espacio a los pensamientos amargos, oscuros. Este mundo es el primer milagro que Dios hizo y Él ha puesto en nuestras manos la gracia de nuevos prodigios. La fe y la esperanza avanzan juntas. Cree en la existencia de las verdades más altas y hermosas. Confía en Dios creador, en el Espíritu Santo que mueve todo hacia el bien, en el abrazo de Cristo que espera a cada hombre al final de su existencia; cree, Él te espera. El mundo camina gracias a la mirada de muchos hombres que han abierto brechas, que han construido

puentes, que han soñado y creído; incluso cuando a su alrededor escuchaban palabras de burla.

b. No pienses nunca que tu lucha aquí abajo es del todo inútil

Al final de la existencia no nos espera el naufragio. En nosotros palpita una semilla absoluta. Dios no defrauda. Si ha puesto una esperanza en nuestros corazones, no quiere destruirla con frustraciones continuas. Todo nace para florecer en una eterna primavera. Dios también nos hizo para florecer. Recuerdo ese diálogo cuando el roble pidió al almendro: “Háblame de Dios”, y el almendro floreció.

c. Donde quiera que estés, iconstruye!

Si estás en el suelo, ¡levántate! Nunca te quedes caído, levántate, deja que te ayuden a levantarte. Si estás sentado, ¡ponte en camino! Si el aburrimiento te paraliza, ¡ahuyéntalo con buenas obras! Si te sientes vacío o desmoralizado, pide que el Espíritu Santo llene de nuevo tu nada. Obra la paz en medio de los hombres, y no escuches la voz de quien esparce odio y divisiones. No escuches esas voces. Los seres humanos, por muy diferentes que sean unos de otros, han sido creados para vivir juntos. Ante los contrastes, paciencia: un día descubrirás que cada uno es depositario de un trozo de verdad.

d. Ama a las personas

Ámalas una a una. Respeta el camino de todos, sea lineal o difícil, porque cada uno tiene una historia propia que contar. Cada niño que nace es la promesa de una vida que, una vez más, demuestra ser más fuerte que la muerte. Todo amor que surge es un poder de transformación que anhela la felicidad. Jesús nos entregó una luz que brilla en las tinieblas: defiéndela, protégela. Esa luz única es la riqueza más grande confiada a tu vida.

e. Y sobre todo, ¡sueña!

No tengas miedo de soñar. ¡Sueña! Sueña con un mundo que todavía no se ve, pero que ciertamente vendrá. La esperanza nos lleva a creer en la existencia de una creación que se extiende hasta su cumplimiento definitivo, cuando Dios será todo en todos. Los hombres capaces de imaginar han regalado a la humanidad descubrimientos científicos y tecnológicos. Han surcado los océanos, y pisado tierras que nadie había pisado nunca. Los hombres que han cultivado esperanzas son también los que han vencido la esclavitud, y han traído mejores condiciones de vida a esta tierra. Piensa en esos hombres.

f. Sé responsable de este mundo y de la vida de cada hombre

Piensa que toda injusticia contra un pobre es una herida abierta, y disminuye tu propia dignidad. La vida no cesa con tu existencia, y a este mundo vendrán otras generaciones que sucederán a la nuestra, y muchas

más. Y cada día pide a Dios el don del valor. Recuerda que Jesús venció al miedo por nosotros. ¡Él venció al miedo! Nuestro enemigo más traicionero no puede contra nuestra fe. Y cuando te encuentres atemorizado frente a algunas dificultades de la vida, recuerda que no vives solo para ti, en el bautismo, tu vida fue sumergida en el misterio de la Trinidad, y tú perteneces a Jesús. Y si un día te asustas o piensas que el mal es demasiado grande para desafiarlo, piensa simplemente que Jesús vive en ti. Y es Él quien, a través de ti, con su bondad quiere someter a todos los enemigos del hombre: el pecado, el odio, el crimen, la violencia.

g. Ten siempre el valor de la verdad, pero recuerda esto: no eres superior a nadie

Aunque fueras el último en creer en la verdad, no te apartes de la compañía de los hombres. Aunque vivieras en el silencio de un eremita, lleva en tu corazón el sufrimiento de cada criatura. Eres cristiano; y en la oración todo se lo restituyes a Dios. Y cultiva ideales. Vive por algo que sobrepasa al hombre. Y si algún día uno de estos ideales te pasara una factura considerable, no dejes nunca de llevarlo en tu corazón. La fidelidad consigue todo. Si te equivocas, levántate: nada es más humano que cometer errores. Y esos errores no tienen que convertirse para ti en una prisión. No te dejes aprisionar por tus errores. El Hijo de Dios no vino por los sanos, sino por los enfermos; por lo tanto, también vino

por ti. Y si te vuelves a equivocar en el futuro, no tengas miedo, ¡levántate!, ¿Sabes por qué? Porque Dios es tu amigo.

h. Si te hiere la amargura, cree firmemente en todas las personas que todavía trabajan para el bien:

en su humildad está la semilla de un mundo nuevo. Relaciónate con las personas que han mantenido su corazón como el de un niño. Aprende de la maravilla, cultiva el asombro.

Conclusión

La esperanza es la virtud cristiana que nos sostiene y no deja que seamos náufragos en las dinámicas de la vida cotidiana, que en ocasiones vienen cargadas de complejidad. La esperanza no deja que nos ahogemos en las dificultades.

Hablamos de la esperanza con mucha facilidad, más en este tiempo de la historia que nos ha llevado a pensar en la realidad de futuro de nuestra propia existencia y de la sociedad en general. La experiencia de una salud frágil y de la muerte para muchos, de la incertidumbre de la sociedad, nos ha aprisionado el corazón y nos ha involucrado en esta atmósfera de esperanza, pero cuando se nos pregunta: ¿Tienes esperanza? ¿Tienes la alegría de la esperanza? la respuesta aparece como "no entiendo", ¿me lo explica?'. La esperanza es esta virtud humilde, esta virtud que discurre

bajo el agua de la vida, pero que nos sostiene para no ahogarnos entre las muchas dificultades, para no perder el deseo de encontrar a Dios, de encontrar ese rostro maravilloso que todos veremos un día cara a cara y que ya no dejará ir jamás. El hilo de esperanza y finalmente el tejido de la historia se ha confeccionado con ese amor de Dios que ha llamado a Abraham y lo hecho salir de su tierra sin saber dónde ir hasta ese mismo Dios que va a la Cruz para cumplir la promesa que hizo de ser nuestro Salvador.

Es el mismo Dios que, en la plenitud de los tiempos, hace que la promesa se haga realidad para todos nosotros. La esperanza es lo que une ese primer momento al último. Es lo que une nuestra vida cristiana para seguir siempre adelante. Pecadores, pero avanzando. La esperanza es lo que nos da paz en los momentos difíciles, en los momentos más oscuros de la vida, la esperanza no decepciona, está siempre allí, silenciosa, humilde pero fuerte.

RESILIENCIA PERSONAL Y SOCIAL PARA NO PERDER LA ESPERANZA

Dr. Alirio Raigozo Camelo
Profesor, Facultad de estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

Al leer la Biblia, uno de los episodios que más ha llamado mi atención es el proceso de invasión babilónica al pueblo de la Biblia hacia el s. VI a.C., la experiencia de la deportación, la pérdida de lo que se tenía como 'seguro' (tierra, templo, monarquía) y – en medio de la dificultad – la capacidad de restauración, reorganización y creación de este pueblo para encontrar un nuevo aire, aferrado siempre a las promesas de Dios, a la esperanza, al anuncio de los profetas. Teniendo como trasfondo este episodio narrado por la Biblia podemos dedicar estas líneas al tema de la resiliencia, teniendo en cuenta el momento que estamos atravesando.

Hablamos de resiliencia para aludir a una experiencia antropológica fundamental que tiene que ver con la capacidad de levantarnos, de incorporarnos,

de reconfigurarnos una vez que las cosas (un proyecto, un gran esfuerzo, una relación, etc.) no han salido bien y/o no se han obtenido los resultados que se esperaban. Pero no solamente se trata de levantarnos, sino de hacerlo 'mejorados', de salir de las experiencias de crisis más fortalecidos y usar esa experiencia adversa por la que hemos pasado para mejorar lo que somos, como somos y lo que hacemos. Ya el Papa Francisco nos exhortaba, hace poco, en sus catequesis a 'salir mejores' de la crisis desatada por la pandemia COVID 19.

No existe vida sin problemas, sin dificultad, sin crisis

El crecimiento y el despliegue humano se dan, precisamente, en la dinámica de confrontación con lo adverso y problemático. La vida nos pone a prueba constantemente de maneras y



El Señor puso su mano sobre mí, y me hizo salir lleno de su poder, y me colocó en un valle que estaba lleno de huesos. (...) Entonces me dijo: «¿Crees tú que estos huesos pueden volver a tener vida?» Yo le respondí: «Señor, sólo tú lo sabes.» (...) Entonces el Señor me dijo: «El pueblo de Israel es como estos huesos. Andan diciendo: "Nuestros huesos están secos; no tenemos ninguna esperanza, estamos perdidos." Pues bien, háblales en mi nombre, y diles: "Esto dice el Señor: Pueblo mío, voy a abrir las tumbas de ustedes; voy a sacarlos de ellas y a hacerlos volver a la tierra de Israel. (Ez 37, 1-3.11-12)

en grados muy diversos. Los pequeños contratiempos no requieran de grandes esfuerzos de reincorporación, pero la experiencia de fracasos fuertes, de dificultades grandes, aquellas que impactan enormemente en nuestra vida y golpean nuestros 'fundamentos', requieren otro tipo de esfuerzo. Lo cierto es que, asumidas de manera positiva nos pueden ayudar a crecer. Por el contrario, mal asumidas nos sumergen en la impotencia, en la depresión.

La adversidad es un componente de la vida con el que hay que contar. Aprender a asumirla y a gestionar adecuadamente las frustraciones que de ella pueden derivarse debe hacer parte de nuestro proceso de formación. Muchas dificultades llegan como consecuencia de malas decisiones y acciones; otras, llegan sin que las hayamos pedido, sencillamente nos sobrevienen.

Sin duda, hay factores que contribuyen a desarrollar la resiliencia. Podemos enumerar algunos:

- La capacidad para hacer planes realistas y seguir los pasos necesarios para llevarlos a cabo.
- Una visión positiva de nosotros mismos, la cual nos brinda una sensación de confianza en las propias fortalezas y habilidades.
- Las destrezas comunicativas, que favorecen el tejido relacional.
- La actitud proactiva para resolver problemas
- La capacidad para gestionar adecuada y creativamente sentimientos e impulsos fuertes.

- La apertura para aprender de la experiencia (propia y de otros).

Explorando algunas pistas

Desafortunadamente, no tenemos suficiente educación e información sobre el desarrollo de nuestra resiliencia y en la adecuada asimilación de la adversidad. Así, podemos explorar algunas pistas:

- Asumir una actitud de serenidad y flexibilidad frente a la situación compleja o difícil en la que estamos.
- Tratar de encontrar, dentro de la situación o fuera de ella, nuevas posibilidades, que sirvan de 'piso' para resolver o encontrar 'salidas'.
- Ser capaces de pensar de manera diferente: sin darnos cuenta nos acostumbramos a pensar de una cierta manera, como dentro de un marco, pero no exploramos otras posibilidades. Es importante atreverse a 'salir de ese marco' que puede convertirse también en nuestra 'prisión mental'.
- Identificar posibles aprendizajes que emergen de la situación que nos afecta.
- Aprender del pasado (personal y colectivo). La narración bíblica es un gran ejemplo de ello. En efecto, un elemento clave en la estructuración de la resiliencia es aprender del pasado: Enfocarnos en las experiencias vividas y descubrir en ellas estrategias para desarrollar resiliencia, para avanzar.

Ser resiliente implica reestructurar (realimentar y reorganizar) nuestros recursos, que pueden ser de tipo psi-

cológico, físico, intelectual, espiritual, etc. Se trata de reestructurarse y de reorganizarse en función de las nuevas circunstancias, de las nuevas necesidades 'reales' y de proyecciones razonables (aquello que es posible hacer, aquello a lo que – con visión realista – puedo aspirar). La idea es no quedarse hundido en la situación ni ahogarse en ella, leer adecuadamente el contexto complejo y dinámico en que estoy (estamos) y anticiparnos creativamente, hasta donde sea posible.

Pero es importante no confundir resiliencia con irresponsabilidad, laxitud o superficialidad. Tener espíritu resiliente no significa decirse que 'no pasa nada' o 'que no me importa lo que sucede'. Ser resiliente no es negar la dimensión difícil (y hasta dramática) de la vida. Ser resiliente es no dejarse devorar por la adversidad, por el sentimiento de derrota, de fracaso y de impotencia y decidirse a seguir caminando 'a pesar de'. Para ello, los primeros enemigos a vencer son el pesimismo y el desánimo. Es aquí donde la esperanza cobra una fuerza especial.

“En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza». En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A

veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!”

(Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 86)

Resiliencia y hábitos

Algunos hábitos que pueden ayudarnos a fortalecer nuestra capacidad de resiliencia son:

• **Conocernos:**

hacernos conscientes de nuestras potencialidades, fortalezas y limitaciones. Esto sirve para trazarnos metas más realistas, objetivas y razonables. Con frecuencia, hacemos ejercicios DOFA (Debilidades, Oportunidades, Fortalezas, Amenazas) hacia fuera (analizando una entidad, una organización, etc.), pero pocas veces nos detenemos a hacer nuestro 'propio DOFA'.

• **Conocer nuestro universo emocional y aprender a gestionarlo**

Hasta hace poco las emociones estaban relegadas a un segundo plano, poco se hablaba de ellas. Hoy sabemos que todo lo que vivimos y hacemos transcurre en un clima y un telón emocional, aunque no seamos conscientes de ello.

• **Tener una visión clara de lo que poseemos:**

Si no sabemos qué recursos, instrumentos o herramientas tenemos a dis-

posición y si no los sabemos usar podemos llegar a pensar que no se puede hacer nada. Confundimos falta de visión con imposibilidad.

• **Desarrollar la creatividad:**

muchas voces críticas de la cultura y, en especial, de los modelos educativos insisten en que hemos sido entrenados en modelos lineales, no complejos, y repetitivos (modelos de reproducción-repetición, pero con poco nivel de creación). Funcionamos básicamente de las mismas formas (solucionamos con los mismos caminos, las mismas fórmulas, lo que ya hemos aprendido), pero no exploramos nuevas posibilidades y maneras de hacer las cosas y de solucionar los problemas.

• **Fortalecer la autoconfianza**

esto tiene que ver con la visión que tenemos de nosotros mismos, con la autoimagen, con la autoestima: un sano concepto de nosotros mismos es muy importante. Si no hay una base fundamental de fe en nosotros mismos, si no creemos en nosotros, cualquier cosa que nos propongamos fracasará.

• **Aprender a focalizar el esfuerzo:**

algunos de nuestros fracasos, de nuestra falta de resultados, de situaciones de estancamiento, etc., están relacionados con la falta de organización y con la dispersión. No lo podemos hacer todo, no podemos saber de todo. Tampoco podemos controlarlo todo, ni lo podemos hacer todo al tiempo. Es necesario elegir (focalizarse) y concen-

trarse en ello, de manera metódica. La persona focalizada no pierde de vista sus objetivos.

• **Aprender a trabajar en equipo y a pedir ayuda:**

no somos autosuficientes. Muchas personas fracasan porque se aíslan, se encierran en sí mismas - (sea por timidez, por temor, por autosuficiencia, por resentimiento, etc.). Hoy somos más conscientes de la interdependencia en la que coexistimos. Debo reconocer que otros tienen lo que yo busco y necesito. Debo darme cuenta de que yo puedo tener algo que otros buscan y necesitan. Nos podemos aportar. Es clave aprovechar esa 'interdependencia' de manera creativa y oportuna para salir adelante en cualquier proyecto importante. Saber cuándo pedir ayuda y saber darla hace parte de los grandes aprendizajes de la vida.

• **Mantener una actitud positiva frente a las dificultades:**

significa decidir ver las situaciones difíciles y no enterrar la cabeza en el suelo como el avestruz. Significa ver los problemas como oportunidades de crecimiento y de aprendizaje. Ello supone no dejarnos ganar por la desmotivación y el desánimo, y más bien, alimentar la esperanza.

• **Enfocarnos en lo que sí podemos cambiar:**

Entender que no podemos cambiar lo que sucedió (el pasado). Podemos cambiar la manera como vemos lo que sucedió y la manera de gestionarlo,

en el presente, en función de un futuro mejor. Hay personas que se quedan ancladas (casi enterradas) en el pasado, renegando y quejándose. Es necesario cambiar de actitud y centrarnos en lo que podemos hacer aquí, ahora y hacia delante.

• **Abrirnos a lo nuevo:**

a nuevas experiencias, a nuevas relaciones, a nuevos métodos de trabajo, a nuevos hábitos, que nos ayuden a avanzar, a ser más felices.

• **Cultivar una comprensión holística de la vida:**

Decir que la vida es compleja significa que está constituida por múltiples dimensiones y que hay que tenerlas en cuenta, porque se trata de una totalidad, de un inconmensurable sistema de sistemas, que se entrecruzan. En cada contexto intervienen muchos factores: las situaciones están constituidas por muchas dimensiones; los ingredientes que constituyen las diversas circunstancias se encuentran permanentemente en movimiento e interrelacionados; las soluciones, por tanto, no puede ser 'simplistas'.

• **Mantener una actitud positiva ante los cambios**

Muchas personas sufren porque no logran entender que la vida es movimiento y, por tanto, cambia. Es necesario adaptarse a los cambios. La capacidad de adaptación es fundamental (es uno de los mayores signos de inteligencia). El mismo movimiento nos obliga a tener en cuenta el horizonte de los

cambios, pero hay que distinguir lo que es fundamental y lo que es accidental; lo que es negociable de lo que no lo es. Esta actitud de apertura al cambio ayuda a la persona a adaptar sus planes a las nuevas circunstancias o cambiarlos cuando es necesario. La resistencia al cambio es una enorme fuente de estrés y de bloqueo.

• **Cultivar la flexibilidad y el sentido del humor:**

Una de las características esenciales de las personas mentalmente sanas y resilientes es su flexibilidad y su sentido del humor. Son capaces de hacer planes y de desbaratarlos o cambiarlos si es necesario, pero sin amargarse. Son capaces de reírse de la adversidad y de no dejarse arrastrar por una especie de dramatismo exagerado. La risa es su mejor aliada porque les ayuda a mantenerse optimistas y, sobre todo, les permite enfocarse en los aspectos positivos de las situaciones.

Por alguna razón san Pablo nos dejó la siguiente exhortación:

"Alégrense en la esperanza, muestren paciencia en el sufrimiento, perseveren en la oración". (Rom 12, 12)

No lo olvidemos, así como hay resiliencia a nivel individual, también la hay a nivel social. Individuo y sociedad son inseparables. También podemos hablar de resiliencia dentro de la iglesia. Seguramente la 'sinodalidad' nos ayudará en ello.

MANTENER VIVA LA ESPERANZA: UNA TAREA ACTIVA DE TODO CREYENTE

Mg. P. Jorge Yoel Mora R. CJM
Co-Director del Tiempo Especial de Formación
Eudista Internacional

En la ciudad de Angers, Francia se encuentra un imponente castillo del siglo XVI, el mismo sirviendo al Ministerio de la Cultura y la Comunicación, guarda en su interior una riqueza cultural y artística memorable, aun así en su colección se destaca una obra artística llamada “tenture de l'Apocalypse”¹; un tejido en lana de oveja que, con técnicas propias de la época medieval, exponen una maravillosa representación gótica del Apocalipsis de san Juan. Esta obra es datada entre los años 1373-1377, mide cerca de 140 metros, llamando la atención cómo en la misma se mezcla una co-

lección de imágenes que aluden al desarrollo del libro bíblico, entrelazándose con imágenes que marcaron el tiempo histórico como la peste negra y la guerra de los cien años, realidades que conducían a la consternación y al desconsuelo de quienes vivían en dicha época, entre tanto el mismo tejido lleva el poderoso mensaje del libro bíblico de quien interactúa con él, la esperanza, ya que invita a visualizar y abrazar la promesa del anuncio de «una tierra nueva y un cielo nuevo» (Ap 21,1).

En tiempos contemporáneos, el artista Jean Lurçat inspirándose en el tapiz anterior, desarrolla una temática similar, en su obra maestra titulada “Le chant du monde”², él se enfoca en

1 Cf. «Pièces murales : tenture de l'Apocalypse», accedido 19 de octubre de 2021, [https://www.pop.culture.gouv.fr/notice/palissy/PM49000182].

2 Cf. Novactive, «Le Chant du monde de Jean Lurçat», accedido



La Tapisserie de l'Apocalypse.En: <http://www.paris-autrement.paris/la-tapisserie-de-lapocalypse-cha-teau-angers/>

la esperanza del hombre nuevo frente a los males de la humanidad contemporánea, representando como punto de inflexión las consecuencias del hombre quebrado por ideologías, quemado en sus ideas y ambición que conducen a la destrucción de sí mismo por la bomba atómica (tragedia de su tiempo), frente a esto el artista contrapone la elección por la vida y la paz de la humanidad. De esto se puede deducir que ante circunstancias y realidades que se muestran desalentadoras, la esperanza en cada tiempo surge como virtud necesaria para enfrentar los males del mundo y llevar a un cambio en el paradigma del ser y hacer sociedad.

Es en esta misma ciudad de Angers, donde - además de estas obras que hablan de la esperanza- también tuvo auge apostólico la comunidad de las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor, a través de Rosa Virginia Pelletier, mejor conocida como Santa Eufrasia; una religiosa que, no dejándose conformar con un modelo social que llevaba consigo la opresión y desvalorización de la mujer en su época, fue capaz de hacer frente a dicha realidad y constituir en torno a su monasterio toda una estructura que permitía una posibilidad diferente y transformadora, al enfocarse en el rescate y la promoción de la mujer, que se encontraba en situación de vulnerabilidad, ofreciéndole oportunidades de cambiar una historia deprimente en una historia que hacía posible la

afirmación de la dignidad de la persona, a través de la capacitación y la formación humana. En gran medida, tal preocupación y afán por construir una respuesta audaz al desafío de su tiempo estuvo motivada en un personaje anterior, San Juan Eudes, que le inspiró como un maestro espiritual y hombre de intrepidez.

Gracias a la investigación del sacerdote e historiador Paul Milcent³, podemos acceder a un amplio panorama de aspectos sociales, religiosos, que eran desalentadores en el tiempo en que San Juan Eudes tuvo que vivir, ya que la Francia del siglo XVII, por un lado, enfrentaba una crisis económica, resultado de las guerras de religión, que - aunado al cobro de impuestos por parte de la corona- servían como detonadores de una pobreza tal, que empujaban a buena cantidad hombres y mujeres a optar por la mendicidad, el vandalismo o la prostitución, y, por otro lado, se evidenciaban significativos vacíos en la formación del clero, lo que repercutió en una desvirtuación del ministerio, que con frecuencia era reducido a una aspiración a la 'renta del oficio', lo cual, en la práctica provocaba el debilitamiento pastoral y un decaimiento en la práctica de los valores cristianos.

San Juan Eudes, deseando proclamar el reinado de Dios y la realización del bien del hombre, proyectó, en su acción apostólica, dos instituciones emblemáticas, responder ante tales

³ Cf. P. MILCENT, Saint Jean Eudes: Un artisan du renouveau chrétien au XVII^e siècle 1985.

circunstancias; la primera, las Hermanas de la Caridad, con la intención de ayudar a las jóvenes para que pudiesen encontrar un puesto dignificante en la sociedad; y, la segunda, la Congregación de Jesús y María, con el proyecto de formar líderes religiosos que testimoniaran en medio del pueblo la misión de la Iglesia que, «está fundada sobre la fuerza transformadora del Evangelio. [...] Buena Nueva que trae consigo una alegría contagiosa, porque contiene y ofrece una vida nueva: la de Cristo resucitado.»⁴

Es esta esperanza en la vida nueva el motor en que el hombre encuentra sus motivaciones, y focaliza su hacer, para poder transformar la realidad que se presenta con fuerza desesperanzadora; el mismo padre Eudes, consciente de ello, dijo lo siguiente a sus hermanos de congregación:

Trabajemos, trabajemos con ardor y constancia en esta gran obra. Pongamos nuestra alegría y felicidad. Abracemos de buena gana las penas que encontramos, por amor al que tanto sufrió por nosotros. Tengamos piedad de tantas almas que perecen todos los días, creadas a imagen de Dios, redimidas por la sangre preciosa de su Hijo, y que son las almas de nuestros hermanos y de nuestras hermanas.⁵

La esperanza Cristiana por ende, no

4 FRANCISCO «Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2017», accedido 20 de octubre de 2021, [https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/missions/documents/papa-francesco_20170604_giornata-missionaria2017.html]

5 SAN JUAN EUDES, Obras completas, IV, Paris – P. Lethielleux 1922. 13-14

se presenta como una espera pasiva en la que el Creador, recrea la realidad a beneficio de la humanidad, sin contar con la intervención del hombre; al contrario, el mismo libro del Apocalipsis, dice «Dichosos quienes lean y escuchen las palabras de esta profecía» (Ap. 1,3), siendo así, un mensaje de alegría para el que lo escuche, pero también en su mensaje a las siete Iglesias (Cf. Ap. 2,4-3,16), Juan hace énfasis en el testimonio, y el esfuerzo que conlleva la vida cristiana.

Pueda ser, que los desafíos a los que hoy la sociedad se enfrentan sean tan diversos y abismales como han sido en otras épocas, realidades de dolor y cifras que apuntan al triunfo de la tragedia y aflicción, y conducen a una visión apocalíptica, interpretándose esta palabra como del “fin del mundo”, y no una interpretación que parte desde lo que revela el mensaje esperanzador del libro de Juan, en la que al final de los tiempos no prevalecerá el mal.

Entre tanto, así como manifiesta Pablo en la carta a los Romanos, y colocando como arquetipo del creyente a Abraham, dice: «El cual, esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones» (Rm 4,18), se permite ver cómo el vocablo “esperanza” asume la idea de un dinamismo en el que la persona creyente, iluminada desde lo alto, no solo escucha y espera sino que se dona⁶.

Es en este sentido, que la vida cris-

6 Cf. P. ROMANO, La Lettera di Paolo ai Romani guida alla lettura, EDB, 2018. 57

tiana lleva al anuncio y a una praxis, en el mundo, de una esperanza que surge desde el encuentro con otro que se dona, quien a través de la fuerza de los signos en la historia humana y el testimonio de rostros concretos inspiran a la generación de hoy a la transformación de la realidad, comunicando con coraje y donando la posibilidad de vislumbrar un mundo nuevo; en palabras del Papa Francisco: «El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro.»⁷ Lo que permitirá el progreso del bienestar de la sociedad.

Para la reflexión:

- ¿Cuáles son las realidades que se muestran catastróficas y desalentadoras?
- ¿Dónde encuentras las motivaciones que te inspiran a marcar un cambio?
- ¿Cuál es tu mensaje de alegría y esperanza para tu círculo de allegados?

⁷ FRANCISCO, Fratelli Tutti, 2020. 30